

Los dibujos de Fermín Hontou

CON MOTIVO DE LA ENTREGA DEL PREMIO “DIA NACIONAL DEL LIBRO”, DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS, EDICIÓN 2015.

Por Ricardo Pallares

Desde sus comienzos en México la tarea de Fermín Hontou se consolida con el diseño y las portadas de *Cuadernos de Marcha* y con las caricaturas en el periódico *Unomasuno*. Desde entonces se aprecia el magisterio que ejerció Guillermo Fernández especialmente en cuanto al tratamiento de la línea, el punto, las manchas, los espacios incorporados, el color y lo sugerido. Después se sumará el magisterio de Oscar Ferrando y el de Luis Camnitzer.

Pero Hontou no solo viene de estos maestros sino también de un pasado en el que sin ir al fondo de los tiempos se encuentran Gustave Doré, Delacroix, Rembrandt Leonardo Da Vinci y otros grandes del dibujo.

En la coetaneidad también dialoga con el dibujo de figuras de nuestro medio como lo son Quino -el creador de Mafalda- (Joaquín Lavado Tejón), Peloduro (Julio E. Suárez), Glauco Capozzoli, Hermenegildo Sábat, Mingo Ferreira y Horacio Añón.

De retorno al país integra la revista *Guambia*, luego el semanario *Brecha* donde publica semanalmente y *El País Cultural* donde lo hace mensualmente. Sus dibujos aparecen asimismo en *Le monde* y *El ojo clínico*.

Participa en numerosas muestras colectivas y hasta el momento lleva hechas diez muestras individuales, tres de ellas con curadurías de Mario Sagradini, Osvaldo Cibils y Horacio Añón.

Esta síntesis curricular pone en evidencia que su trabajo en las artes gráficas y visuales está indisolublemente asociado a la escritura y particularmente a los periódicos y los libros. Razón más que suficiente para que la Academia Nacional de Letras lo distinga y tenga en cuenta su publicación de 2014 (*Me Río de la Plata*. Ed. pozodeagua. Montevideo, 2014).

La construcción sintáctica en el título de este notable libro-catálogo antepone el pronombre personal y mantiene la mayúscula en Río, con lo que no evita la transformación del sustantivo en voz del verbo reír. Así se aproxima tanto a un hecho de habla como a la ironía porque juega con los significados y abre paso al humorismo.

La ilustración de la tapa tiene un dibujo sin título, creo que el único que no tiene identificación precisa. Es un híbrido de Carlos Gardel y La Gioconda con su mano aumentada, en primer plano, como la de un panadero de antaño que amasaba con las suyas.

El dibujo instala lo femenino-masculino con su dualidad inquietante expresada asimismo en la boca de la figura, pintada de rojo, en el pelo dibujado con dos zonas en las que el autor usa técnicas o formas disímiles y también lo instala con la conocida sonrisa del tacuareboense cuya nacionalidad uruguaya sigue siendo discutida como la identidad de la mujer pintada por Leonardo.

De alguna manera la ilustración de la tapa del libro está por la idiosincrasia y la identidad rioplatense de Uruguay. Un país hibridado por la emigración europea, con un río que se abre en estuario y se vuelve boca salada, tempestuosa e imprevisible, peligrosa como neurastenia del mar. Un río que es y no es río y es y no es mar que lo penetra en estuario y entonces ya no se sabe... Un país que quiere sentirse latinoamericano pero quiere ser distinto y europeo aunque nunca logra serlo, como si fuera víctima de un doble discurso con el que se irá *cuesta abajo en la rodada ...* y con poca plata.

Los dibujos de Ombú sobre personalidades del mundo artístico rioplatense, especialmente del mundo literario, tienen rasgos de caricatura. Por momentos se aprecia cierta parodia similar a la autorreferida en la homofonía bisílaba de su apellido y *Ombú*, seudónimo con el que firma y desde el cual por sinécdoque señala a la región. Es una parodia similar a la que hace el título ya citado de esta selección o “antología” a la que Hermenegildo Sábat saluda en el prólogo y califica al autor y a su obra como “original e inconfundible”.

En verdad muchos de sus dibujos no serían caricaturas propiamente dichas porque no tienen sátira pero no carecen de humorismo. Más bien estaríamos ante estudios de la silueta humana e intelectual de los creadores literarios y artísticos más significativos de nuestro medio y del mundo, a quienes el dibujo celebra y homenajea.

El trazado firme de la línea en las obras, el color -cuando lo usa- y su distribución, así como los gestos captados o atribuidos a los personajes elaboran armónicas conjunciones expresivas.

Si bien los dibujos se centran en el rostro o en el cuerpo del dibujado, siempre tienen acertada fineza para manejar énfasis, exageraciones, detalles o hipérbolos como corresponde al género de la caricatura. También se trata de modos de ver al artista dibujado y de valorar su personalidad. Por tal razón el dibujo denota o sugiere asuntos que son sustantivos en la obra del creador que está en la referencia.

Es notorio que el dibujante ha leído e interpretado los mundos ficcionales o artísticos de los creadores a los que homenajea y que, en algunos otros casos, representa la leyenda asociada a sus figuras.

Estas características y enfoques vinculan positivamente a los dibujos de Ombú con las representaciones del imaginario cultural y refuerzan la calidad del humorismo que emplea y que se presenta especialmente en los detalles, las proporciones, la selección, el encuadre, la acción y el gesto o ademán que se recrea.

Un ejemplo es un dibujo de Felisberto Hernández en el que aparece con mirada seria y ausente sosteniendo una muñeca desnuda -una Hortensia- con un teclado en una nalga, en el que toca con la mano izquierda. La muñeca asocia a María Luisa de las Heras, “la espía”, pues luce en el brazo a modo de insignia el símbolo de la hoz y el martillo.

La estética de cierto naturalismo expresionista y la inteligencia interpretativa en estos dibujos participan de la construcción y consolidación del referido imaginario cultural rioplatense, con mucho de cosmopolita. Los dibujos también tienen valor testimonial porque dan cuenta de los modos de leer y de conocer las obras que tiene el dibujante.

A través del tiempo sus dibujos han ilustrado muchas páginas de publicaciones diversas, incluidos medios de prensa escrita, y han sido objeto de varias exposiciones. De tal forma contribuyen a acuñar personajes, perfiles y a consolidar la identidad cultural del observador y lector rioplatenses.

Por ejemplo: la vehemencia en el dibujo de Delmira Agustini, particularmente en su peinado, en la amplitud del cuello y del busto, en sus ojos de gata y en la mano-garra que esgrime un cáliz vacío. También la vehemencia en la figura de Javier de Viana, hierática, alta y escuálida, trajeada de negro.

Dicha vehemencia se asocia a determinadas pasiones de las que se habla en la poesía, y al patetismo de algunos de personajes narrativos, respectivamente. Son formas que dan cuenta de ciertas zonas oscuras e intensas de los autores mencionados.

En el dibujo de Amanda Berenguer se destaca una actitud que parece interpretar y transmitir el azoramiento de la poeta ante lo real, un infinito -según ella- cuajado de paradojas y arrobamientos como los de la ciencia cuando traza modelos, metáforas y verdades provisorias. Pero es especialmente en su mirada -plenamente captada- donde se da cuenta de un ademán energético de observación disciplinadora: de un rasgo de firmeza en el carácter.

Ombú le da un tratamiento especial a la mirada como centro significativo del dibujo y a través de ella a la personalidad del creador o persona dibujada. A la mirada le asocia un sesgo, una postura, un gesto, una singularidad corporal que fortalecen y completan la unidad del conjunto.

Lo dicho también se advierte muy bien, a modo de ejemplo, en el dibujo de Marosa di Giorgi en el que se acentúan lo insólito, lo feérico y lo satánico.

En esta oportunidad el dibujante se vale para el dibujo de Marosa de una paleta intensa para el color del vestido, del pelo y de un abalorio. También la usa en exageración del tamaño de sus lentes-antifaz con aspecto de mariposa verde o lechuza, que potencian la mirada con rasgos de felino, liebre o diablo. Pero además el retrato emerge como llama desde una mesita redonda que recuerda a las del bar Sorocabana, con taza de café, que bien podría ser un pebetero con las llamas de pasiones e imágenes visionarias.

En el dibujo de Florencio Sánchez el ademán desgarbado junto con su juvenil desgaire, la expresión bondadosa del rostro y de la postura corporal transmiten la visión del dramaturgo sobre el mundo y alguno de los seres que llevó a la escena. También parece que comparecen en el dibujo la rebeldía piadosa de Florencio y de su obra, ya que lleva debajo del brazo un libro con título paródico: *Mi hijo, el autor teatral*.

El autor que hoy premiamos expuso muchos de estos dibujos en la Academia Nacional de Letras durante el ciclo de lecturas “La punta de la lengua”, de 2013-14 coordinado por la poeta Silvia Guerra, Investigadora Asociada de la institución. La mayoría de ellos está en la selección antológica del libro que ya mencionamos.

Los trabajos del autor son actualizadores del imaginario en diálogo plural y polifónico, según el medio o contexto en que aparecen. Pero no por ello dejan de cumplirse como realizaciones originales y autónomas. Esta dimensión creadora del dibujo que estatuye una realidad segunda y original es, sin duda alguna, un aporte que suma a la cultura escrita y la expande.

Es muy grato para la Academia otorgarle a Fermín Hontou el Premio “Día Nacional del Libro” en su edición 2015, porque en su obra tiene lugar un jerarquizado ensamble interdisciplinario del dibujo y las letras.